

I
Todo tiene que ver
con el petróleo

El nuevo imperialismo

David Harvey



AKAL
CUESTIONES DE
ANTAGONISMO

I

Todo tiene que ver con el petróleo

Mi objetivo consiste en examinar el estado actual del capitalismo global y el papel que podría jugar en él un «nuevo» imperialismo. Lo haré desde la perspectiva de la *larga duración* y a través de la lente de lo que llamo materialismo histórico-geográfico. Trataré de desvelar algunas de las transformaciones más profundas que tienen lugar bajo la turbulencia y labilidad superficiales, abriendo así un terreno de debate sobre cómo podríamos interpretar la situación actual y reaccionar mejor frente a ella.

La duración más larga que cualquiera de nosotros puede experimentar es, claro está, la de la propia vida. Mi primera percepción del mundo se configuró durante la Segunda Guerra Mundial y lo que vino a continuación poco después. Por aquel entonces, la idea del Imperio británico todavía tenía resonancia y significado. El mundo me parecía abierto porque en el mapa había muchos lugares pintados de rojo, un imperio en el que nunca se ponía el sol. Si necesitaba alguna prueba adicional de tal sentimiento de propiedad, podía recurrir a mi colección de sellos: el rostro del monarca británico aparecía en los de la India, Sarawak, Rodesia, Nyasalandia, Nigeria, Ceilán, Jamaica... Pero pronto tuve que reconocer que el poderío británico estaba en declive. El imperio se desmoronaba a una velocidad de vértigo. Gran Bretaña había cedido el poder global a Estados Unidos y el mapa del mundo comenzó a cambiar de color a medida que se aceleraba la descolonización. Los acontecimientos traumáticos de la independencia y la partición de la India en 1947 señalaron el comienzo del fin. Al principio la única explicación que se me ofrecía era que aquel trauma era un ejemplo típico de lo que sucedía cuando el dominio «sensato» y «justo» de Gran Bretaña se veía reemplazado por pasiones nativas irracionales y el retorno de antiguos prejuicios (una visión del mundo que muchos otros compartían con los británicos y que ha mostrado notable tenacidad). Pero cuanto más atroz se hacía la lucha por la independencia, más sobresalía la sordi-

dez y sevicia del dominio imperial. Aquello culminó, para mí y para muchos otros de mi generación, con el intento anglo-francés de apoderarse del canal de Suez en 1956. En aquella ocasión Estados Unidos reconvino a Gran Bretaña y Francia por tratar de derrocar a un dirigente árabe, Nasser, que a ojos occidentales resultaba tan amenazador y «maligno» como se presenta hoy día a Sadam Husein. Eisenhower prefirió la contención pacífica a la guerra, y justo es decir que la reputación global de Estados Unidos como líder mundial creció en la misma medida en que se hundía la de Gran Bretaña y Francia. Después de la crisis de Suez me resultaba difícil negar el aspecto pérfido de un imperialismo descaradamente codicioso y en rápido declive pero inconfundiblemente británico.

Las cosas le parecían muy diferentes a un joven estudiante del Bronx que llegó a Oxford a comienzos de la década de los sesenta. Marshall Berman recuerda que no podía soportar a los «lánguidos jóvenes que parecían salidos de algún episodio de *Brideshead Revisited* [Retorno a Brideshead], vagabundeando en esmoquin (con el que a menudo parecía que hubieran dormido sin quitárselo) mientras sus padres poseían el Imperio británico y el mundo. O, al menos, actuaban como si así fuera. Yo sabía hasta qué punto fingían: el imperio estaba *kaputt*; los hijos de la clase dominante vivían de unos bonos que valían menos cada año, y heredaban empresas abocadas sin remedio a la bancarrota [...], al menos yo sabía qué es lo que pasaba en el mundo»¹. Me pregunto cómo se siente ahora, con los escombros de todas esas empresas «punto.com» esparcidos por el paisaje estadounidense, los escándalos contables, el catastrófico declive del mercado de valores que ha arruinado buena parte de las pensiones de jubilación de tanta gente, y repentinas proclamaciones beligerantes, como la que aparecía en la portada de *The New York Times Magazine* el 5 de enero de 2003: «American Empire: Get Used to it» [«Imperio estadounidense: acostumbrémonos a la idea»]². Para mí resulta bastante extraño haber llegado a adquirir conciencia del mundo en el momento en que un imperio se desvanecía, y a la edad de la jubilación cuando se proclama públicamente el nacimiento oficial de otro.

Michael Ignatieff, el autor de ese artículo, reitera contundentemente una afirmación anterior (también en *The New York Times Magazine*, de 28 de julio de 2002), en la que proclama que «toda la guerra de Estados Unidos contra el terror es un ejercicio de imperialismo. Eso puede resultar chocante a los estadounidenses, a quienes no les gusta

¹ M. BERMAN, «Justice/Just Us: Rap and Social Justice in America», en A. MERRIFIELD y E. SWYNEDOUW (eds.), *The Urbanization of Injustice*, Nueva York, New York University Press, 1997, p. 148.

² M. IGNATIEFF, «The Burden», *The New York Times Sunday Magazine* (5 de enero de 2003), pp. 22-54, reimpr. como «Empire Lite» en *Prospect* (febrero de 2003), pp. 36-43, y también «How to Keep Afghanistan from Falling Apart: The Case for a Committed American Imperialism», *The New York Times Sunday Magazine* (26 de julio de 2002), pp. 26-58.

pensar en su país como un imperio. Pero ¿de qué otra forma se puede llamar a las legiones de soldados, espías y fuerzas especiales repartidas por todo el globo?». Ignatieff argumenta que Estados Unidos ya no puede pretender un imperio «ligero» ni esperar que le salga barato. Debe prepararse para asumir un papel más serio y permanente, prepararse a largo plazo para realizar transformaciones importantes. Que una publicación tan relevante dé tanta importancia a la idea de un imperio estadounidense merece reflexión. Pero Ignatieff no es el único en decirlo. Max Boot, en un editorial de *The Wall Street Journal*, opina que «cierta dosis de imperialismo estadounidense puede ser la mejor respuesta al terrorismo». Dice que Estados Unidos debe ser más expansionista: «Afganistán y otros países atribulados echan de menos hoy el tipo de administración extranjera ilustrada que en otros tiempos proporcionaban ingleses seguros de sí mismos, embutidos en pantalones de montar y con cascos de corcho». Los británicos, cuyas grandes tradiciones imperiales eran descritas con tanta nostalgia, también se sumaron a la empresa. El historiador conservador Niall Ferguson (cuya serie de televisión y libro documentan, con gran entusiasmo patriótico, no sólo las gestas heroicas de los constructores del Imperio británico, sino también la paz, prosperidad y bienestar que aquel imperio dio supuestamente al mundo) aconseja a Estados Unidos fortalecer su determinación, gastar el dinero que haga falta y «realizar la transición de un imperio informal a otro formal». Son muchos los que aseguran que ya se está forjando un «nuevo imperialismo», pero éste exige un reconocimiento más explícito y un compromiso más sólido para que se pueda establecer una *Pax Americana* que otorgue al mundo los mismos beneficios que la *Pax Britannica* en la segunda mitad del siglo XIX³.

El presidente Bush parece dispuesto a asumir este compromiso pese a su declaración en un discurso pronunciado en West Point de que «Estados Unidos no tiene un imperio que extender ni una utopía que establecer». El 11 de Septiembre —decía en un artículo aparecido en *The New York Times* con ocasión del primer aniversario de aquella tragedia—, ha clarificado el papel de Estados Unidos en el mundo y ha abierto grandes oportunidades: «Aprovecharemos nuestra situación de fuerza e influencia sin parangón para construir una atmósfera de orden y apertura internacional en la que puedan florecer el progreso y la libertad en muchas naciones. Un mundo pacífico de creciente libertad favorece los intereses estadounidenses a largo plazo, refleja los duraderos ideales estadounidenses y une a sus aliados [...]. Queremos una paz justa —escribía mientras se preparaba para ir a la guerra—, para que la represión, el resentimiento y la pobreza sean sustituidos por la esperanza de la democracia, el desarrollo, el libre mercado y el libre comercio, [que han] demostrado su capacidad para sacar a sociedades enteras de la

³ Muchas de las citas aquí recogidas aparecen en B. BOWDEN, «Reinventing Imperialism in the Wake of September 11», *Alternatives: Turkish Journal of International Relations* 1/2 (verano de 2002). Se puede encontrar también en <http://alternatives.journal.fatih.edu.tr/Bowden.htm>.

pobreza». Estados Unidos, aseguró, «promoverá la moderación, la tolerancia y las exigencias innegociables de la dignidad humana: la supremacía de la ley, límites al poder del Estado y respeto para las mujeres, la propiedad privada, la libertad de opinión y una justicia equitativa». Hoy día, concluía, «la Humanidad tiene a su alcance la oportunidad de alcanzar el triunfo de la libertad sobre todos sus viejos enemigos. Estados Unidos da la bienvenida a su responsabilidad para dirigir esta gran misión». Este mismo lenguaje aparecía en el prólogo del documento de la Estrategia de Defensa Nacional que se hizo público poco después⁴. Puede que eso no equivalga a una declaración formal del imperio, pero sin duda sugiere una pretensión imperial.

Ha habido muchos tipos diferentes de imperio (romano, otomano, chino, ruso, soviético, austro-húngaro, napoleónico, británico, francés, etc.). De esa abigarrada colección de modelos podemos deducir fácilmente que existe un margen de maniobra considerable en cuanto a las formas de interpretar, construir y administrar un imperio. En el mismo espacio geográfico pueden internalizarse concepciones imperiales diferentes y a veces contrapuestas. La China imperial conoció una fuerte fase expansionista de exploración oceánica y de repente se replegó misteriosamente sobre sí misma. Desde la Segunda Guerra Mundial el imperialismo estadounidense ha oscilado de forma inestable de una vaga concepción imperial a otra (nunca discutidas explícitamente). Si bien Bush Jr. muestra cierto impulso napoleónico, pretendiendo marchar sobre Bagdad y quizá después sobre Teherán (donde algunos de los halcones del gobierno creen al parecer que se ocultan los «verdaderos culpables»), el planteamiento de Clinton (interesadamente calificado como «afeminado» por la Administración de Bush) se parecía más al del Imperio otomano en su apogeo, ya que se trataba de un imperio altamente centralizado en el Departamento del Tesoro –gobernado primero por Rubin y luego por Summers–, que prefería optar por el poder débil en vez de por el fuerte, mientras el resto del mundo era tratado con considerable tolerancia multicultural. Yendo más atrás, la construcción del poder imperial estadounidense bajo Roosevelt, Truman y Eisenhower, hasta Nixon, reflejaba más que nada el planteamiento soviético de Estados clientes subordinados, con la salvedad de que Japón, a diferencia de Hungría o Polonia, podía desarrollar su propia economía con tal que permaneciera política y militarmente a las órdenes de Estados Unidos. El imperio estadounidense realmente existente se adquirió, según Ignatieff, no involuntariamente (como les gustaba decir a los británicos), sino desde una tramoya de desmentidos y disimulo: las acciones imperiales por parte de Estados Unidos no se consideraban tales, ni se permitía que influyeran sobre

⁴ G. W. BUSH, «Securing Freedom's Triumph», *The New York Times* (11 de septiembre de 2002), p. A33. *The National Security Strategy of the United State of America* se puede encontrar en la página web <www.whitehouse.gov/nsc/nss>. M. Ignatieff, en «The Burden», inicia su exposición (p. 22) recordando el discurso de Bush en West Point.

la situación doméstica. Fue eso lo que produjo un «imperio ligero» en lugar de un imperio de compromisos sólidos y a largo plazo⁵.

En lo que se podría llamar la «izquierda tradicional» hay muchos que mantienen que Estados Unidos es una potencia imperialista desde hace un siglo o más. Durante la década de los sesenta se escribieron detallados análisis sobre el imperialismo estadounidense, en particular sobre su papel en América Latina y en el sureste de Asia. Hubo interesantes discusiones entre los teóricos de la dependencia (como André Gunder Frank) y otros más inclinados a seguir al pie de la letra a Hobson, Hilferding, Lenin, Luxemburg y otros teóricos de principios del siglo XX. Mao consideraba, ciertamente, al imperialismo estadounidense como la contradicción principal que debía combatir. Pero la publicación en 2000 de *Imperio*, el libro de Hardt y Negri, y la controversia que suscitó, ha puesto en cuestión los debates tradicionales sugiriendo que la izquierda debía repensar su relación con una configuración descentrada del imperio que presenta muchas cualidades nuevas, posmodernas. Otros autores de izquierdas, aunque criticaban esta línea de argumentación, comenzaron a reconocer que las fuerzas de la globalización (se entendieran como se entendieran) estaban creando una situación nueva que requería un nuevo marco de análisis⁶. El reconocimiento público del imperio y el imperialismo por la derecha y por muchos liberales ha supuesto, pues, la admisión de algo que venía sucediendo desde hace tiempo; pero también indica que el imperialismo podría estar cobrando ahora un aspecto bastante diferente. De ahí que las cuestiones del imperio y del imperialismo se hayan convertido en temas abiertos de debate en todo el espectro político (es de señalar que la obra de Hardt y Negri mereció la atención de medios de comunicación de gran audiencia). Pero se plantea una cuestión adicional: ¿qué hay realmente de nuevo en todo eso?

Examinaré la cuestión, en primer lugar, atendiendo a acontecimientos recientes. Estados Unidos, respaldado por Gran Bretaña, España y Australia y con la aprobación de algunos otros Estados, se ha lanzado a la guerra contra Iraq. Pero lo ha hecho con notable oposición de varios aliados tradicionales, en particular Francia y Alemania, así

⁵ M. W. DOYLE, *Empires*, Nueva York, Ithaca, Cornell University Press, 1986, ofrece un interesante estudio comparativo de los imperios. En cuanto al caso estadounidense, véase también W. A. WILLIAMS, *Empire as a Way of Life*, Nueva York, Oxford University Press, 1980.

⁶ El tema del «nuevo imperialismo» ha sido abordado desde la izquierda por L. PANITCH, «El nuevo Estado imperial», *NLR* 3 (julio-agosto de 2000), pp. 5-18; véase también P. GOWAN, L. PANITCH y M. SHAW, «The State, Globalization and the New Imperialism: A Round Table Discussion», *Historical Materialism* 9 (2001), pp. 3-38. Otros comentarios de interés son J. PETRAS y H. VELTMAYER, *Globalization Unmasked: Imperialism in the 21st Century*, Londres, Zed Books, 2001; R. WENT, «Globalization in the Perspective of Imperialism», *Science and Society* 66/4 (2002-2003), pp. 473-497; S. AMIN, «Imperialism and Globalization», *Monthly Review* (junio de 2001), pp. 1-10 y M. HARDT y A. NEGRI, *Empire*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 2000 [ed. cast.: *Imperio*, Barcelona, Paidós, 2002].

como de antiguos adversarios, entre los que cabe destacar a Rusia y China. En todo el mundo han tenido lugar importantes movilizaciones populares contra la guerra y hay una sensación de desconcierto sobre las razones del gobierno de Bush para empeñarse en ese tipo de acción. Los acontecimientos sugieren un designio oculto, pero no es fácil saber de qué se trata. Estos significados profundos deben sacarse a la luz atravesando una capa increíblemente densa de retórica engañosa y desinformación.

HISTORIA DE DOS PRODUCTORES DE PETRÓLEO

El golpe que intentó derrocar al presidente Chávez de Venezuela en abril de 2002 fue saludado con euforia en Washington. El autonominado presidente Carmona –importante hombre de negocios al frente de Fedecámaras, la principal organización empresarial venezolana– fue inmediatamente reconocido, expresando al mismo tiempo la esperanza de que volvieran al país la estabilidad y el orden y se crearan las bases para un sólido desarrollo futuro. *The New York Times* publicó un editorial en los mismos términos. En América Latina, por el contrario, la mayoría de la gente vio inmediatamente la mano de la CIA y recordó lo que los chilenos llaman ahora irónicamente su «pequeño 11 de septiembre» de 1973, cuando el presidente socialista democráticamente elegido, Salvador Allende, fue derrocado por un golpe de Estado brutal del general Augusto Pinochet. En el archivo del Departamento de Estado sobre ese acontecimiento existe un cablegrama de la CIA que dice: «Es una decisión firme y expresa que Allende sea derrocado por un golpe [...]. Debemos seguir generando la máxima presión a ese fin, utilizando todos los recursos a nuestra disposición. Es indispensable que esas acciones se lleven a cabo clandestinamente y con seguridad, de forma que el gobierno de Estados Unidos y la mano estadounidense queden ocultas»⁷. No es difícil imaginar telegramas similares con respecto a Venezuela en la página web del Departamento de Estado dentro de algún tiempo.

El golpe fue neutralizado tres días después y Chávez volvió al poder. El Departamento de Estado negó escuetamente cualquier conocimiento previo del golpe, diciendo que se trataba de una cuestión interna y que esperaba que se llegara a una solución pacífica, democrática y constitucional de las dificultades. El editorial de *The New York Times* siguió su ejemplo, añadiendo únicamente que quizá no hubiera sido una buena idea dar la bienvenida al derrocamiento de un régimen elegido democráticamente, por más aborrecible que fuera, siendo como era el apoyo a la democracia uno de los valores fundamentales de Estados Unidos.

⁷ Citado en C. JOHNSON, *Blowback: The Costs and Consequences of American Empire*, Nueva York, Henry Holt, 2000, p. 18.

Resulta instructivo el paralelismo con Iraq –otro miembro clave de la OPEP–, donde Estados Unidos asegura que sólo pretende establecer la democracia. Sin embargo, en 1953 derrocó en Irán a Mossadegh, democráticamente elegido, e instaló en el trono al sah y su régimen dictatorial. Así pues, al parecer sólo se tolera cierto tipo de gobiernos democráticamente elegidos. Pero en este caso la pretensión de democratizar Iraq y toda la región sólo fue una entre varias explicaciones diferentes y aun opuestas sobre por qué es importante prepararse para la guerra. Mucha gente, aun entre los más belicosos, se sentía perpleja y confusa por esas contradicciones. Resultaba difícil atravesar el desbarajuste de desinformación y argumentos continuamente cambiantes. Un intento anterior de conectar Iraq con los ataques con ántrax en Estados Unidos fracasó miserablemente. Aunque Iraq ha utilizado anteriormente armas químicas y biológicas, eso ocurrió cuando Estados Unidos apoyaba a ese país contra Irán, y el Departamento de Estado engañó deliberadamente al mundo haciendo creer que ambos bandos recurrían a esos métodos cuando sabía muy bien que Iraq era el único que lo hacía⁸. Su falta de respeto hacia los derechos humanos también merece consideración, pero difícilmente constituye una clave política cuando el gobierno estadounidense proporciona apoyo militar a Argelia, un país que compite con Iraq en términos de abusos violentos contra los derechos humanos en la represión de la oposición islamista (120.000 muertes estimadas en los últimos ocho años). William Burns, subsecretario de Estado para Oriente Próximo, llegó a decir que «tenemos mucho que aprender de los argelinos en lo que se refiere a controlar el terrorismo»⁹. Esto puede explicar por qué se convirtió de repente en una cuestión de debate público en Estados Unidos la eventual justificación de la tortura (de nuevo con destacada participación de *The New York Times*).

Se ha suscitado también la cuestión de las armas de destrucción masiva. Es difícil saber si Iraq dispone de ellas o no, pero su capacidad militar quedó tan degradada durante y después de la guerra del Golfo que hasta las estimaciones de la CIA consideraban que no constituía una amenaza real para la paz en la región, haciendo patente la insensatez de la afirmación de que constituye una amenaza para Estados Unidos (el presidente Bush llegó a afirmar que un ataque iraquí a Estados Unidos dañaría considerablemente la economía estadounidense). La CIA concluía que Sadam sólo utilizaría armas biológicas y químicas, en caso de disponer de ellas, si se le provocaba. Esto hacía aún más difícil explicar por qué Estados Unidos parecía tan decidido a provocarle. Es muy probable que Iraq estuviera tratando de conseguir armas nucleares, pero en esa situación se encuentran muchos otros países, y Corea del Norte lo ha manifestado públicamente. Los inspectores de armas de la

⁸ J. HILTERMAN, «Halabja: America Didn't Seem to Mind Poison Gas», *International Herald Tribune* (17 de enero de 2003), p. 8.

⁹ Véase R. FISK, «The Case Against War: A Conflict Driven by the Self-Interest of America», *The Independent* (15 de febrero de 2003), p. 20.

ONU, cuando finalmente pudieron reanudar sus tareas en Iraq, no pudieron encontrar apenas nada. En cualquier caso, el cambio de régimen era el objetivo original, y el desarme sólo se convirtió en una razón importante con el fin de invocar la autoridad de la ONU, dado que su Carta Fundacional no permite ataques preventivos. Si todo ello fracasaba, Sadam tendría que irse porque era un mentiroso (calificación que conviene a tantos políticos que pronto se convirtió en una fuente inagotable de chistes), despiadado (pero también lo es Sharon), insensato (algo no demostrado) o una encarnación del mal a la que había que combatir como si la guerra en Oriente Próximo fuera un episodio de algún auto sacramental medieval de larga duración (en el que Sadam desempeñaba el papel de Mordor y George W. Bush el del bravo Frodo, acompañado por Blair como su fiel Sam). Al final todo eso sonaba a como si Estados Unidos y Gran Bretaña se hubieran comprometido a una misión moral de gran alcance para liberar al pueblo iraquí a cualquier precio e implantar una Ilustración de corte estadounidense en Oriente Próximo.

Todo esto daba la impresión de que se estaba ocultando algo muy importante tras una serie de cortinas de humo. Al principio parecía creíble que existiera información secreta que no se podía revelar, pero cada vez que algún portavoz oficial u oficioso de la Administración daba a conocer algo del archivo secreto, resultaba trivial, fácilmente refutado o, en el caso de las revelaciones británicas plagiadas inconfesadamente de una tesis doctoral escrita hace cinco años (parte de la cual se había publicado ya en *Foreign Affairs*), eran tan poco rigurosas que resultaba difícil tomarlas en serio. Filtraciones procedentes del espionaje estadounidense sugerían que algunos agentes no se sentían muy felices ante las deformaciones que la Administración hacía de su información. No es de extrañar, pues, que la opinión pública se mostrara profundamente escéptica, si no directamente opuesta a la guerra, pese a las bravatas de los políticos y la belicosidad de la prensa (los 175 periódicos de Murdoch en todo el mundo, con directores supuestamente elegidos por su independencia, proclamaron unánimemente que la guerra era necesaria, como hicieron igualmente muchos otros medios de los magnates de la comunicación).

Así pues, ¿qué está pasando realmente? Las razones ofrecidas no son convincentes y no llegan a constituir un alegato concluyente. ¿Cuáles podrían ser entonces las razones ocultas? Debemos tener en cuenta que esas razones pueden no ser bien entendidas ni siquiera por los principales actores del drama o que, si las entienden, están siendo activamente encubiertas o negadas.

LA DIALÉCTICA INTERNA DE LA SOCIEDAD CIVIL ESTADOUNIDENSE

Poco antes de las elecciones alemanas de 2002, la ministra alemana de Justicia provocó un escándalo al sugerir que el aventurerismo de la Administración de Bush en el extranjero podría estar destinado a distraer la atención de sus dificultades domésticas.

Su error fue añadir que ésa había sido también una de las tácticas de Hitler, y por eso tuvo que dimitir. Desgraciadamente se imposibilitó así cualquier discusión seria sobre la primera parte de su afirmación.

De hecho existe una larga historia de gobiernos con dificultades internas que tratan de resolver sus problemas, bien con aventuras en el exterior, bien imaginando amenazas externas para consolidar la solidaridad en el interior. Esa idea merece una seria consideración en este caso porque la situación interna de Estados Unidos durante 2002 fue en muchos aspectos la más lamentable en muchos años. La recesión iniciada a comienzos de 2001 (intensificada por los acontecimientos del 11 de Septiembre) no parecía tener fin. El desempleo crecía y la sensación de inseguridad económica era palpable. Se amontonaban los escándalos contables e imperios empresariales aparentemente sólidos se venían abajo literalmente de un día para otro. Los desbarajustes contables (así como la corrupción palmaria) y los fallos de regulación desprestigiaban a Wall Street, y las acciones y otros activos se hundían. Los fondos de pensiones perdieron entre una cuarta y una tercera parte de su valor (cuando no desaparecieron totalmente, como en el caso de las pensiones de los empleados de Enron) y las perspectivas de jubilación de la clase media se veían seriamente dañadas. La sanidad era un caos y los superávits de los gobiernos federal, estatales y locales se evaporaban rápidamente, mientras los déficits comenzaban a hacerse cada vez mayores. La balanza por cuenta corriente con el resto del mundo iba de mal en peor, convirtiendo a Estados Unidos en el país más endeudado de todos los tiempos. Las desigualdades sociales venían creciendo desde hacía tiempo, pero la obsesión del gobierno por el recorte de impuestos parecía amenazar con aumentarlas mucho más. Se estaba desmantelando la protección del medio ambiente y se constataba una tenaz resistencia a volver a imponer marco regulador alguno a pesar de las pruebas evidentes del fracaso del mercado. Para colmo, el presidente había sido elegido por cinco votos frente a cuatro en el Tribunal Supremo y no por el pueblo, y su legitimidad era cuestionada por la mitad de la población, y tal vez por más, en vísperas del 11 de Septiembre. Con lo único que contaban los republicanos era con la intensa solidaridad —una auténtica oleada de nacionalismo— que suscitaron los acontecimientos del 11 de Septiembre y el miedo al ántrax (todavía no resuelto, curiosamente, y en gran medida olvidado excepto como presagio del tipo de cosas que Sadam estaría dispuesto a hacer). Aunque Afganistán quedó sometido al poder estadounidense rápidamente y sin mucho derramamiento de sangre (estadounidense), Osama bin Laden no había sido hallado «ni vivo ni muerto» y la guerra contra el terrorismo no estaba produciendo muchos resultados espectaculares. ¿Qué mejor momento, entonces, para desplazar la atención hacia Iraq, como uno de los pilares básicos de un «eje del mal» que los halcones de la Administración de Bush habían querido atacar militarmente desde el fin provisional de la primera guerra del Golfo? Esa táctica de diversión, como sabemos, funcionó, al menos a corto plazo. La opinión pública estadounidense aceptó en general

la idea de que había algún tipo de conexión entre Al Qaeda y el régimen de Sadam y que en cualquier caso este último era un enemigo lo suficientemente peligroso y malvado como para avalar la acción militar para derrocarlo. De paso, los republicanos consolidaron su poder político en las elecciones al Congreso, y el presidente se liberó del aura de ilegitimidad que le rodeaba desde su elección.

Pero puede haber algo mucho más profundo que convierta lo que parece puro oportunismo político en un viraje sustancial y duradero en la historia geopolítica de Estados Unidos. Ante todo, el temor al poder iraquí y a un movimiento panárabe potencialmente peligroso había agobiado desde hace mucho tiempo a las sucesivas administraciones estadounidenses. Colin Powell había elaborado planes de emergencia para hacer frente a Iraq ya antes de la primera guerra del Golfo. Paul Wolfowitz, vicesecretario de Defensa de Bush, propuso explícitamente en 1992 y siguió defendiendo públicamente durante toda la década de 1990 el cambio de régimen en Iraq, objetivo que fue asumido por el gobierno de Clinton. Un grupo neoconservador, reunido en 1997 para elaborar un Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, insistía en ese objetivo clave y urgía a la intervención militar; ese grupo incluía a Rumsfeld, Wolfowitz, Armitage, Perle y otros individuos que iban a formar el núcleo del equipo de defensa y política exterior de Bush. Así pues, Iraq formaba parte desde hacía tiempo de sus perspectivas geoestratégicas. Pero en un informe elaborado en 1999 reconocían que sería preciso «un acontecimiento catastrófico y catalizador, como un nuevo Pearl Harbor» para que un golpe militar fuera aceptable internacional e internamente. El 11 de Septiembre les ofrecía esa oportunidad, si podían establecer una conexión entre Sadam y Al Qaeda¹⁰. Dado que la inmensa mayoría de la opinión pública estadounidense carece de interés o información sobre cuestiones geográficas, fue muy fácil convertir la caza de terroristas en una campaña para acorralar y derrocar a Sadam. Pero el resto del mundo no estaba tan convencido.

Hay todavía otra dimensión de esta dinámica interna que conviene tener en cuenta. Estados Unidos es una sociedad de inmigrantes extraordinariamente multicultural impulsada por un feroz individualismo competitivo que revoluciona continuamente la vida política, económica y social, haciendo de la democracia algo crónicamente inestable; de no ser por la corrupción practicada por el poder financiero, resultaría difícil, si no imposible, de controlar, y en ocasiones todo el país parece tan alterado que cabría dudar de su gobernabilidad. Hannah Arendt explica con precisión la inestabilidad intrínseca de esa sociedad civil:

Dado que el poder constituye esencialmente sólo un medio para un fin, una comunidad basada únicamente en el poder se descompondría en la calma del orden y la estabilidad; su seguridad total revelaría que está construida sobre arena. Sólo puede garantizar el *statu quo*

¹⁰ Véase R. FISK, «This Looming War isn't about Chemical Warheads or Human Rights: It's about Oil», *The Independent* (18 de enero de 2003), p. 18. Véase también la página web <www.newamer:cancentury.org>.

adquiriendo más poder; sólo puede permanecer estable extendiendo constantemente su autoridad y mediante procesos de acumulación de poder. La Commonwealth de Hobbes es una estructura vacilante a la que hay que proporcionar constantemente nuevos apoyos desde el exterior; de otro modo, colapsaría inmediatamente en el caos carente de objetivo y de sentido de los intereses privados de los que surgió [...]. La posibilidad siempre presente de la guerra [civil] garantiza a la Commonwealth una perspectiva de permanencia porque posibilita al Estado incrementar su poder a expensas de otros Estados¹¹.

La Guerra Fría había acabado y la amenaza de que los rusos invadieran Estados Unidos desde Canadá arrastrando sus botas sobre la nieve ya no era creíble. Durante la década de 1990 no había un enemigo claro y el *boom* económico de Estados Unidos debería haber garantizado un nivel sin precedentes de gozo y satisfacción para todos, salvo acaso los elementos más desfavorecidos y marginados de la sociedad civil. Sin embargo, como podría haber predicho Arendt, la década de 1990 resultó ser una de las más intranquilas de la historia estadounidense. La competencia era atroz, los privilegiados de la «nueva economía» se convertían en millonarios de la noche al día y hacían ostentación de su riqueza, proliferaban las estafas y planes fraudulentos, los escándalos (reales o imaginarios) eran saludados en todas partes con entusiasmo, circulaban rumores sobre asesinatos planeados en la Casa Blanca, hubo un intento de destituir al presidente, los presentadores de radio y televisión Howard Stern y Rush Limbaugh eran buena muestra de unos medios de comunicación totalmente fuera del control, en Los Ángeles estallaban disturbios, Waco y Oklahoma simbolizaban una inclinación a la subversión y la violencia que había permanecido latente durante mucho tiempo, unos adolescentes disparaban y mataban a sus compañeros de clase en Columbine, la exuberancia irracional prevalecía sobre el sentido común, y la corrupción con que los empresarios lubricaban en su propio beneficio el proceso político era escandalosa. En resumen, la sociedad civil no parecía muy civil que digamos. La sociedad parecía estar fragmentándose y disolviéndose a una velocidad alarmante. Como habría dicho Arendt, parecía haber caído en el colapso del caos carente de objetivo y de sentido de los intereses privados.

Parte del atractivo electoral de George W. Bush en 2000 radicaba, a mi juicio, en su promesa de ejercer un resuelto liderazgo moral sobre una sociedad civil fuera de control. Todos sus nombramientos clave recayeron sobre neoconservadores inclinados a una acción estatal autoritaria, como el fiscal general John Ashcroft. El neoconservadurismo desplazó al neoliberalismo que había encabezado Clinton. Pero fue el 11 de Septiembre el acontecimiento que aportó el impulso para romper con el estilo disoluto de la década de los noventa. Proporcionó la oportunidad política no sólo para establecer un objetivo y reclamar la solidaridad nacionales, sino también para imponer el orden y la estabilidad en

¹¹ H. ARENDT, *Imperialism*, Nueva York, Harcourt Brace Janovich, 1968, p. 22.

la sociedad civil estadounidense. La guerra contra el terrorismo, rápidamente seguida por la perspectiva de la guerra contra Iraq, permitió al Estado acumular más poder. El enfrentamiento con Iraq suponía mucho más que una mera distracción de las dificultades domésticas; era una gran oportunidad para imponer una nueva sensación de orden social en Estados Unidos y meter en cintura a la sociedad civil. Las críticas fueron denunciadas como antipatrióticas y el malvado enemigo externo se convirtió en chivo expiatorio para exorcizar o domeñar a los diablos que acechaban en el interior. La relación entre la situación interna y externa del poder político ha desempeñado un papel muy significativo, aunque en gran medida oculto, en la dinámica que ha alimentado el conflicto con Iraq. En lo que sigue tendremos ocasión de volver sobre ello más de una vez.

TODO TIENE QUE VER CON EL PETRÓLEO

Quienes se oponen la guerra contra Iraq suelen presentar el conflicto como si sólo se tratara del petróleo. El gobierno estadounidense descarta esa afirmación como ridícula o la ignora por completo. Evidentemente, el petróleo es crucial, pero no es tan fácil decir en qué sentido exactamente.

Una tesis conspirativa gira en torno a la idea de que el gobierno de Washington no es sino una mafia petrolera que ha usurpado el dominio público, basándose en las estrechas conexiones de Bush y Cheney con intereses petrolíferos y en los informes de que Halliburton, la empresa que dirigía el vicepresidente Cheney, podría ganar cerca de mil millones de dólares en contratos petrolíferos inmediatamente después de la guerra¹². Aunque así sea, no puedo imaginar que la totalidad del *establishment* político-militar o los intereses empresariales en general pudieran desear la guerra por esa única razón. También es cierto que las compañías petrolíferas estadounidenses y británicas habían sido excluidas de Iraq, mientras que las francesas, rusas y chinas se habían visto favorecidas. La oposición a la guerra, preconizando por el contrario un desarme pacífico, fue defendida sobre todo por los países que ya tenían concesiones. Si se certificaba el desarme, se habrían levantado las sanciones de la ONU y los concesionarios de las concesiones vigentes se habrían beneficiado. El cambio de régimen mediante la guerra supondría seguramente una renegociación de éstas. Pero Iraq es el propietario del petróleo, y las perspectivas de las compañías petrolíferas, aun después del cambio de régimen, no son necesariamente halagüeñas, a menos que una administración estadounidense asuma el control del petróleo iraquí o establezca alguna organización común –algo así como un consorcio internacional en el que Estados Unidos tendría poder de veto, como en el FMI– para gestionar

¹² N. BANERJEE, «Energy Companies Weigh their Possible Future in Iraq», *The New York Times* (26 de octubre de 2002), p. C3.

la explotación del petróleo. Pero todo eso será muy difícil de alcanzar sin despertar fuertes antagonismos tanto en el propio Iraq como entre las potencias capitalistas.

Existe, no obstante, una perspectiva más amplia para entender la cuestión del petróleo, que se puede resumir en la siguiente afirmación: quienquiera que controle Oriente Próximo controlará el grifo global del petróleo y con él la economía global, al menos en el futuro próximo¹³.

Así pues, no deberíamos pensar únicamente en Iraq, sino considerar la situación e importancia geopolítica de la totalidad de Oriente Próximo en relación con el capitalismo global. Y eso sí que aparece en la retórica oficial. El plan para el cambio de régimen en Iraq afirma abiertamente que la influencia de un gobierno democrático y proestadounidense sería beneficiosa para toda la región y quizá podría inducir cambios de régimen similares en otros lugares (Irán y Siria son los objetivos más obvios y Arabia Saudí les sigue de cerca). En la Administración hay suficiente soberbia como para pensar que una conflagración general en la región proporcionaría una oportunidad para redibujar todo el mapa de Oriente Próximo (como sucedió en la antigua Unión Soviética y Yugoslavia). Después de todo, los Estados de la región se configuraron en gran medida a raíz del Tratado de Versalles tras la Primera Guerra Mundial, y casi todo el mundo reconoce que ese acuerdo traicionó los intereses árabes e impuso unos Estados que reflejaban los intereses imperiales de Gran Bretaña y Francia y que hoy día se pueden juzgar anacrónicos y disfuncionales. Una remodelación general podría satisfacer algunas aspiraciones separatistas (*status* federal para los kurdos en Iraq, por ejemplo, y acaso la escisión de un Estado meridional chií con capital en Basora), pero lo más importante es que quizá permitiría un arreglo del contencioso Israel/Palestina y la formación de un gran Estado palestino que incluiría a Jordania y parte de Arabia Saudí. Contra esto hay en la ONU posiciones muy enérgicas que afirman que la preservación de la integridad territorial de Iraq de acuerdo con sus fronteras actuales debe ser un objetivo primordial de cualquier solución de posguerra, y Estados Unidos se ha mostrado de acuerdo, al menos formalmente.

Estados Unidos tiene desde hace tiempo intereses geopolíticos en la región. Para el concepto de control global elaborado durante la Segunda Guerra Mundial era decisivo el

control de Oriente Próximo, que era considerado como parte del viejo Imperio británico, y absolutamente esencial para el control económico, militar y político del planeta, y no sólo porque fuera el depósito de la mayor parte de las reservas mundiales de petróleo conocidas. Estados Unidos inició por eso una larga serie de operaciones abiertas y encubiertas en la región en la década de 1950, la más célebre de las cuales fue el derrocamiento en 1953 del gobierno democráticamente elegido de Mossadegh en Irán, que

¹³ M. KLARE, *Resource Wars: The New Landscape of Global Conflict*, Nueva York, Henry Holt, 2001, proporciona un excelente estudio de la geopolítica del petróleo.

había nacionalizado las compañías petrolíferas de propiedad extranjera. El éxito de la iniciativa estadounidense fue claro: entre 1940 y 1967 las compañías estadounidenses incrementaron su control de las reservas petrolíferas de Oriente Próximo del 10 por 100 a cerca del 60 por 100, mientras que las reservas bajo control británico disminuyeron del 72 por 100 en 1940 al 30 por 100 en 1967¹⁴.

A finales de la década de los sesenta los británicos renunciaron a cualquier presencia militar al este de Suez, cediendo a Estados Unidos toda la responsabilidad en ese aspecto. Debido a la guerra de Vietnam, Estados Unidos prefirió utilizar a los Estados subalternos de Irán y Arabia Saudí para proteger sus crecientes intereses en la región. También concedió un apoyo particularmente enérgico y prácticamente sin fisuras a Israel con el fin de establecer un sólido puesto avanzado en la región. Pero primero la crisis del petróleo y el alza de los precios en 1973 por parte de la OPEP y luego el derrocamiento del sah de Irán en 1979 hicieron insostenible esa solución del dominio indirecto a través de subalternos distantes. El presidente Carter anunció que Estados Unidos no permitiría en ninguna circunstancia una interrupción del flujo del petróleo del Golfo, lo que suponía el compromiso de mantener abierto el estrecho de Ormuz (ya que los canales de transporte y distribución son tan importantes como los propios campos petrolíferos) y una presencia militar permanente en la región, más la formación de una fuerza de despliegue rápido para afrontar cualquier emergencia. Estados Unidos alentó y apoyó de forma encubierta la brutal y mortífera guerra de Iraq contra Irán, pero el creciente poder de aquél suscitó la planificación (iniciada por Colin Powell) de un conflicto bélico con ese país mucho antes de que tuviera lugar la invasión de Kuwait. Sigue siendo materia de controversia por qué la embajadora estadounidense en Bagdad insinuó que Estados Unidos no respondería militarmente a una iniciativa iraquí contra Kuwait, aunque cabe pensar en una trampa, más que una simple equivocación catastrófica, como posible explicación.

La guerra del Golfo, aunque no fuera conclusiva con respecto a Iraq, supuso una presencia militar estadounidense mucho más firme en la región, que se mantuvo durante el mandato de Clinton. Las patrullas de vigilancia de las «zonas de exclusión aérea» junto a los británicos conllevaron una guerra aérea continua de bajo nivel y ataques con misiles contra las instalaciones militares iraquíes. Joseph Nye, funcionario de la Administración de Clinton y defensor en general del «poder blando», afirmó categóricamente, sin embargo, que Estados Unidos no vacilaría en utilizar la fuerza militar en la región del Golfo, y que lo haría unilateralmente, en caso necesario, si los intereses estadounidenses se veían amenazados en cualquier sentido¹⁵. En 1997-1998

¹⁴ «U.S. Imperial Ambitions and Iraq», editorial de *Monthly Review* 54/7 (2002), pp. 1-13.

¹⁵ J. NYE, *The Paradox of American Power: Why the World's Only Super-Power Cannot Go It Alone*, Oxford, Oxford University Press, 2003.

se incrementó la concentración de fuerzas estadounidenses pretextando el respaldo a los inspectores de armas que debían certificar que se estaban observando los términos del acuerdo de paz sobre el desarme de Iraq. Se fueron agravando los ataques con misiles y las escaramuzas aéreas. En la misma línea, Estados Unidos creó el Consejo de Cooperación del Golfo con Arabia Saudí, Kuwait y otros Estados, vendiéndoles equipo militar con el que pudieran apoyar a las fuerzas estadounidenses estacionadas en la región (esas ventas ascendieron durante la década de 1990 a 42.000 millones de dólares, más de la mitad destinados a Arabia Saudí), y estableció grandes depósitos de equipo militar en Kuwait, Qatar y Arabia Saudí, lo que le proporcionaba una capacidad de iniciativa inmediata. La planificación militar, una vez acabada la Guerra Fría, se concentró en la posibilidad de afrontar dos guerras regionales a la vez, y se eligió a Iraq y Corea del Norte como ejercicio de planificación. A finales de la década de 1990 había en la región más de 20.000 soldados estadounidenses, con un coste anual de entre 4.000 y 5.000 millones de dólares.

He repasado brevemente esa historia a fin de dejar claros dos asuntos básicos. Desde 1945 se ha venido produciendo una escalada continua de la implicación estadounidense en la región, marcada por una significativa interrupción después de 1980, cuando se hizo cada vez más necesaria una presencia militar directa. En segundo lugar, el conflicto con Iraq viene de lejos, y desde bastante antes de la anterior guerra del Golfo se estaba planificando algún tipo de desenlace militar. La única diferencia con la presidencia de Clinton es que ahora ha caído la máscara y la belicosidad ha desplazado a cierta reticencia, en parte debido al ambiente posterior al 11 de Septiembre reinante en Estados Unidos, que hace más aceptable políticamente la acción militar abierta y unilateral. Considerada geopolíticamente y a largo plazo, una confrontación con Iraq parecía inevitable a menos que se convirtiera en un Estado cliente de Estados Unidos, como Arabia Saudí. Pero ¿por qué ese designio geopolítico? Una vez más, la respuesta tiene que ver con el petróleo.

La estimación de las reservas globales de petróleo es siempre conjetural. Las compañías petrolíferas son muy reacias a reconocer públicamente lo que saben, y suelen mentir deliberadamente. Las conjeturas sobre las reservas difieren a menudo ampliamente; aun así, la mayoría de los estudios sugieren que la tasa de explotación de las reservas de petróleo excede a la tasa de descubrimientos más o menos desde 1980. El petróleo se está haciendo, poco a poco, cada vez más escaso. Sabemos que muchos campos petrolíferos han dejado atrás su mejor momento y que dentro de una década algunos de ellos se habrán agotado, en particular la producción doméstica estadounidense, la del mar del Norte, la canadiense, la rusa y (lo que es más amenazador) la china. Aunque otros campos petrolíferos tienen una vida más larga, los únicos que parece que puedan durar cincuenta años o más son los de Irán, Iraq, Arabia Saudí, los Emiratos Árabes Unidos y Kuwait. Si bien nuevos descubrimientos podrían cambiar ese panorama, la

mayoría de los estrategas tienen que afrontar la creciente importancia de Oriente Próximo como abastecedor clave de petróleo en el futuro. Por el lado de la demanda vemos que Estados Unidos depende cada vez más de las importaciones del exterior, que los centros dinámicos de crecimiento económico en el Este y Sureste de Asia están casi totalmente desprovistos de reservas importantes (la demanda china está creciendo con una velocidad impresionante) y que Europa (con excepción de Gran Bretaña y Noruega) depende también totalmente de las importaciones. Se están explorando alternativas al petróleo, pero es muy pequeña la probabilidad de que en las próximas décadas lleguen a ser serias contendientes (dadas las barreras erigidas por las compañías petrolíferas y otros intereses adquiridos). El acceso al petróleo de Oriente Próximo es ahora, por lo tanto, una cuestión clave de seguridad para Estados Unidos, así como para la totalidad de la economía global.

Esta situación plantea inmediatamente la cuestión de la motivación estadounidense para procurarse un control militar y estratégico más firme, unilateralmente si es preciso. Thomas Friedman, por ejemplo, afirma que «no hay nada ilegítimo ni inmoral en que Estados Unidos quiera evitar que un dictador malvado y megalómano adquiriera una influencia decisiva sobre el recurso natural que mantiene en movimiento la infraestructura industrial del mundo». Pero tenemos que ser cuidadosos con la opinión pública y convencer a todos de que nuestra intención es «proteger el derecho del mundo a la supervivencia económica» y de que Estados Unidos «actúa en beneficio del planeta, no sólo para preservar el despilfarro estadounidense [...]. Si ocupamos Iraq e instalamos simplemente a un autócrata más proestadounidense para dirigir la gasolinera iraquí (como sucede en otros Estados petrolíferos árabes), entonces esta guerra, motivada en parte por el petróleo, sería inmoral»¹⁶. En resumen, ¿está ejerciendo Estados Unidos el liderazgo por consentimiento, tratando de regular el uso del petróleo de Oriente Próximo en interés de todo el mundo? ¿O está buscando la dominación para favorecer sus propios intereses estratégicos, mucho más estrechos? Friedman desea creer lo primero; pero ¿qué pasa si se trata, por el contrario, de lo último?

Si Estados Unidos consiguiera derrocar a Sadam y a Chávez y estabilizar o reformar un régimen saudí armado hasta los dientes, actualmente asentado sobre las arenas movedizas de un dominio autoritario (y en inminente peligro de caer en manos de islamistas radicales), y si pudiera (como parece posible que intente) pasar de Iraq a Irán y consolidar su posición en Turquía y Uzbekistán con una presencia estratégica que le permitiera controlar las reservas de petróleo de la cuenca del Caspio (a las que los chinos están intentando desesperadamente aproximarse), dispondría de tal autoridad sobre el grifo global del petróleo que podría imponer sus intereses en la economía glo-

¹⁶ T. FRIEDMAN, «A War for Oil?», *The New York Times* (5 de enero de 2003), sección «Week in Review», p. 11.

bal y prolongar su propio dominio durante otros cincuenta años. Europa y Japón, así como en el este y sureste de Asia (incluyendo ahora decisivamente a China), son muy dependientes del petróleo del Golfo, y éstos son los conglomerados regionales de poder político-económico que ahora plantean un desafío a la hegemonía global estadounidense en los mundos de la producción y las finanzas. ¿Qué mejor medio podría emplear Estados Unidos para eludir esa competencia y asegurar su propia posición hegemónica que controlar el precio, la producción y la distribución del recurso económico clave del que dependen sus competidores? ¿Y qué mejor medio para conseguirlo que aquel en el que Estados Unidos sigue siendo todavía todopoderoso, el poderío militar? En esta argumentación hay también un aspecto logístico: los ejércitos se mueven con petróleo. Corea del Norte puede tener una fuerza aérea muy avanzada, pero no puede utilizarla apenas por falta de petróleo. Estados Unidos no sólo necesita asegurar su propio abastecimiento para el ejército, sino que en cualquier conflicto bélico con China, por poner un ejemplo, contaría con una ventaja sustancial si pudiera cortar el suministro de petróleo. Ahora bien, esta línea de argumentación sólo tendría sentido si Estados Unidos tuviera razones para sentir amenazada su supremacía en el capitalismo global. En el capítulo 2 me ocuparé del aspecto económico, y no ya estrictamente militar, de esta cuestión.